

CASTRO & SAHILICES
SALVAJE SUR
&
CeDIE

(CENTRO DE DOCUMENTACIÓN
E INFORMACIÓN EDUCATIVA
«ALICIA PIFARRÉ»)

presentan
un cuento de

CRISTIAN CARRASCO
alias
CHUCK FOLSOM JR.

que lleva el título de
LA RECOMPENSA

y que fue editado
especialmente en este
bello formato fanzineroso.

- 2022 -



LA RECOMPENSA

de CHUCK FOLSOM JR.



NO SABÍAMOS QUE esto era el oeste porque no había ningún punto de referencia con qué compararlo. Siempre estuvo esta tierra seca y fina a nuestros pies, esta nube de polvo marrón claro que se elevaba con cada paso, cubría nuestra ropa y contaminaba cada bocado de comida, cada bocanada de aire caliente.

Éramos tantos bastardos que ser el hijo de una familia con dos padres y hermanos era una anomalía que se daba una de cada diez veces. Nos acogían las iglesias o dormíamos en las calles, esperando que cada día algún ciudadano nos pagara una moneda por cualquier trabajo pequeño o incómodo para así poder comprar el plato de comida de ese día en los fondos del saloon o el comedor de los soldados.

Una de esas tardes fue Ethan Kent quien me dio una moneda. Algo vio en mí que lo llevó a señalarme su caballo de descanso cuando dejó el pueblo, y dejarme subir y cabalgar junto a él, no sé si como sirviente, hijo o aprendiz, o simplemente como una cosa que estaba ahí y podía llevarse sin pedir permiso porque no le pertenecía a nadie.

Cabalgamos por el desierto tantas veces que cada meseta quedó grabada en mi ojos y podía ubicarme de noche recordando su silueta por las estrellas que faltaban cuando la masa de sus montes achatados las tapaban.

En cada pueblo, Kent ofrecía sus servicios para poder comer. No cambiaba nada respecto a mi vida anterior en ese sentido. Sólo que la ganancia era mayor y por lo tanto la comida mejor y más abundante. Y los servicios mucho más mortales.

Kent era un “arma de alquiler”. Pero todos sabían que el arma no era lo importante sino la velocidad y la puntería de quien la empuñaba.

En esos primeros años los asentamientos no tenían una población estable. Muchas familias iban de un lugar a otro probando suerte, perdiendo miembros, hasta morir en el desierto, de hambre o por las flechas de las tribus nómades de salvajes.

Muchos hombres solitarios iban también de un lugar a otro, pero un hombre capaz de sobrevivir solo en ese mundo era un hombre peligroso, egoísta y dispuesto a todo. Tal vez yo era la distracción de Kent, el huérfano que le decía a todos sus empleadores que él era confiable, compasivo y, esencialmente, todavía un ser humano, y que por lo tanto podían confiar en su palabra y en su lealtad.

El trabajo era sencillo. En cada naciente ciudad había grupos que se iban formando naturalmente: como hombres desesperados, con pocas posibilidades de sobrevivir, entendían muy rápido la utilidad de colaborar con otros. Eso no representaba un problema hasta que otro grupo se formaba



CO-EDICIÓN de SALVAJE SUR y CeDIE - 2022

Idea, diseño y maqueta: Matías Castro Sahilices
Ejecución y corrección: Iván Ramiro Nicola y Tomás Watkins
Ilustraciones: Javier Mattano

Esta es una edición especial de *Salvaje Sur* y del *CeDIE* en formato fanzine.

La recompensa de Cristian Carrasco fue publicado originalmente en la revista *Salvaje Sur* N° 01, en febrero de 2021.

Salvaje Sur es una revista para lectores particularmente exigentes que buscan una experiencia ligada a la nostalgia. Por ello, se cuida con esmero cada edición de la publicación con la clara intención de imitar aquellas revistas pulp que llenaron los anaqueles de tantas generaciones. *Salvaje Sur* es propiedad de Matías Castro Sahilices.

CeDIE es el Centro de Documentación e Información Educativa «Alicia Pifarré», dependiente del Consejo Provincial de Educación del Neuquén. Asimismo, cuenta con una editorial llamada Centro Editor y, gracias a ella, acerca a las escuelas materiales de lectura como el que los estimados lectores tienen ahora en sus manos.

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

CASTRO & SAHILICES
EDICIONES NO CONVENCIONALES

Fanzine SALVAJE SUR & CeDIE

y comenzaban las guerras por el territorio.

El trabajo de Kent era observar al grupo contrario al que lo contratara, identificar a su tirador más peligroso e ingeniárselas para generar una disputa que desembocara en un duelo.

Y luego matarlo, por supuesto.

Hubo ocasiones en que los grupos eran tan cercanos, debido a la escasa población del pueblo, que estaban formados por hermanos o parientes de sangre, y se le pidió a Kent que no matara al adversario sino que lo inutilizara, saltándole un ojo o destrozando los músculos del brazo que disparaba. Y, aunque su pericia le hubiera permitido hacerlo, Kent sabía que sólo se deja vivo a un animal herido si se desea morir.

Podría decir que esos fueron mis años de formación, pero la formación no está limitada a una cierta edad. Nos vamos quedando sin maestros, eso es lo único que sucede. Entonces debemos creer que lo aprendimos todo de ellos por una mera cuestión de seguridad mental.

Por supuesto que, cuando Kent me dejó en esta ciudad a los dieciséis años, me faltaba mucho por aprender, pero de todos modos sabía más que lo que muchos ancianos aprendieron en toda su vida: a comer sabandijas odiosas a la vista, tomar agua del interior de un cactus, reconocer la diferencia entre una nube de polvo levantada por el viento, por una tro-pilla libre, por una guiada por jinetes o por una diligencia.

Hubo otros maestros, distintos, complementarios. Aprendí a leer y escribir, aprendí cuáles son las leyes por las que los hombres decidieron regirse. Aprendí a comandar una banda, luego un pueblo, y luego un territorio. A los veinte años me dieron una placa de sheriff y, con ella, muchas responsabilidades, pero también la posibilidad de imponer mi opinión sobre los demás por la razón que había aprendido a esgrimir gracias a los libros, o por el uso calculado de una violencia milimétrica, perfeccionada en los viajes por el desierto, matando serpientes a decenas de metros de un solo disparo.

Kent también me enseñó a conocer a los hombres, a decirlos sin equivocarme por la suma de detalles tan pequeños que pasaban desapercibidos en soledad para los demás, pero que forman un caudal gigantesco y revelador si se los pone uno detrás del otro. Los detalles son un camino de hormigas carnívoras: al verlos todos juntos y en fila es imposible no entender hacia donde llevan ni el peligro que pueden representar.

El trabajo de Kent había cambiado con los años. Al empezar, los habitantes de los pueblos ni siquiera intentaban memorizar los rostros de sus conciudadanos. Eran personas que compartían con ellos semanas, días, tal vez sólo horas, y sus facciones, ráfagas de colores borrosos en el recuerdo, dibujadas sobre un pasto rodante que el viento empuja lade-ra abajo. Por ello era posible llegar a un lugar para cumplir con su tarea desestabilizadora sin levantar sospechas. Kent era un rostro anónimo en medio de otros muchos rostros anónimos.

Pero a medida que la vida se fue haciendo más segura y las comunicaciones comenzaron a unir los poblados, debió transformarse en un cazarrecompensas y utilizar su pericia con las armas al servicio de la ley.

Los cazarrecompensas corrían con mucha ventaja. Su-mando a todos los sheriffs y alguaciles del territorio, nos superaban en proporción de seis a uno. Además, si no había noticias ciertas de un delito, un pedido de aprensión, un cartel de recompensa, las manos de un agente de la ley estaban atadas. Por ello, cuando el hombre tosco con una oreja des-

trozada por un balazo llegó al pueblo, sólo pude vigilarlo de cerca y esperar. Esperar por información, esperar que cometeria un delito que me permitiera encarcelarlo, o esperar que llegaran siguiendo su pista.

Al día siguiente llegó Kent a la ciudad.

Se lo veía viejo, seco por los años. Se hospedó en los altos del saloon pero no pidió por mujeres.

Yo vivía en la casa de la familia con la que él me había dejado. La mujer que trató de ser mi madre era su prima, a quien los años y no los médicos habían diagnosticado como estéril. Esa familia cuáquera intentó enseñarme a vivir agradeciendo por todo y esperando nada, pero la vida en el desierto ya me había demostrado que si hay un dios en el cielo, se pone del lado de quien lucha por sí mismo, no del lado de quien espera y confía.

Kent no fue a visitarme. Permanecía en el saloon. No tenía sentido rastrear a su presa cuando sabía bien que todo hombre desesperado va tarde o temprano al único lugar en el que puede encontrar alcohol.

Dos noches después de su llegada fui a buscarlo. Necesitaba hablar, entender, tal vez preguntarle qué seguía, qué había imaginado para mí. Si algún otro ser humano había imaginado algo para mí era él, y necesitamos saber qué esperan de nosotros aunque más no sea para contradecirlo.

Me senté a su lado en el bar. Pidió dos whiskys sin mirarme.

—¿Por el sheriff! —dijo en voz baja.

Detrás, en una de las mesas, el hombre casi sin oreja nos miraba con desconfianza.

—Es mío. Lo perdí dos pueblos atrás. El cartel está detrás de la barra, junto con otras cosas. Después de que me mate puede ser tuyo.

—Soy la ley. Si es un fugitivo, puedo detenerlo, cuando tenga mis órdenes.

—No me refiero a eso —sentenció.

Bebimos de un trago el líquido transparente.

—¿Por qué me dejaste aquí y nunca volviste?

—Para que supieras lo que perdías al dejar atrás la libertad —dijo.

Después se dio vuelta y desenfundó pistolas que nunca le había visto antes. El fugitivo ya sostenía la suya y apuntaba hacia nosotros.

Al recibir el balazo, Kent cayó sobre un costado, con el brazo acodado en el mostrador, dejando descansar la cabeza casi en paz, casi dormido.

Había vuelto para darme su última lección. Me enseñó cómo muere un hombre, cómo acepta lo que le espera mientras tenga sentido, mientras sirva para algo, mientras sepa que alguien va a derramar una lágrima sobre su tumba.

Mi respuesta fue un reflejo: el tirador sangraba derrumbado sobre la mesa redonda, inmóvil, antes de que yo entendiera que lo había abatido de un disparo mío.

El cantinero me entregó las dos pistolas labradas de Kent y el cartel de recompensa. Yo entregué mi estrella antes de decirle adiós al pueblo. Me detuve en el cementerio y, entre las pocas tumbas, lo lloré como a un padre. Y salí a buscar lo que había dejado ahí afuera, esperando por mí. \

CEDIE
ACOMPAÑANDO LA EDUCACIÓN
DESDE 1967
CENTRO DE DOCUMENTACIÓN
E INFORMACIÓN EDUCATIVA
"ALICIA PIFARRÉ"

PUBLICITE AQUÍ
Y VUÉLVASE RICO
VENDEMOS ESPACIOS PARA TODO TIPO DE
SERVICIOS, PRODUCTOS Y ARTEFACTOS.
CONTACTE A LOS EDITORES DE SALVAJE SUR.
CASTRO & SAHILICES